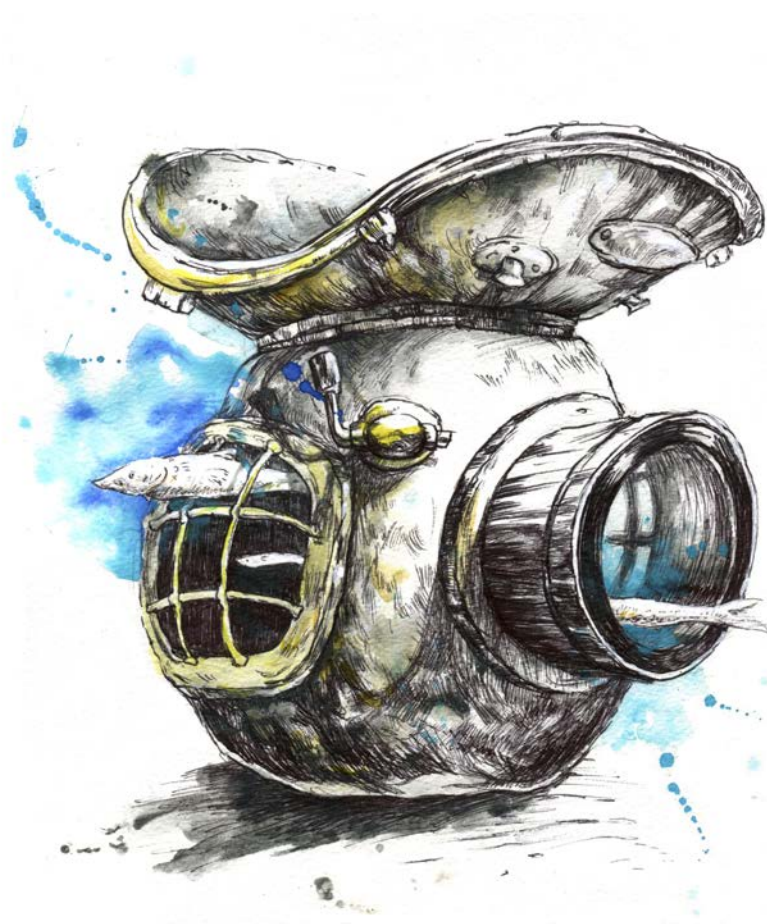


Nadando con chocos



*Que me llamen infeliz
Y que me encierren por loco,
Si no es bonito vivir
Siempre nadando con chocos*

Atunes en el Paraíso
Javier Ruibal

Ignacio sube a tope el volumen de los altavoces y se queda mirando la pantalla de su ordenador. «Podrás saltar este anuncio en cinco, cuatro, tres, dos, uno. Saltar anuncio». La voz de Fito secuestra el silencio de la casa:

Qué te voy a decir

Si yo acabo de llegar

Si esto es como el mar

Quién conoce alguna esquina...

Tarareando la canción, se dirige a su dormitorio. Abre la puerta del armario para mirarse en el espejo de cuerpo entero y hace un barrido de abajo arriba. Zapatos limpios, pantalón adecuado. Se ha puesto una camisa que le regalaron por su cumpleaños y que no había estrenado. Se acerca un poco al espejo recordando lo que le dijo ayer su amiga Carmen cuando se encontraron por la calle: «Así, con el pelo corto, te ves más joven». Sonríe sin creerse demasiado ni la sonrisa, ni el comentario de Carmen. Cierra con el pie la puerta del ropero,

coge las llaves del coche y sale de su casa dando un portazo mientras

Fito insiste desde el salón:

Dejadme nacer

Que me tengo que inventar,

Para hacerme pez

Empecé por las espinas...

Sube al coche con la sensación de estar viviendo una situación irreal. Acudir a una cita con su ex después de un año sin verse... ¡Un año! Lo verdaderamente extraño no es tanto la situación, sino lo que ahora está sintiendo, esa sensación de rareza. Ladea la cabeza calibrando lo absurdo que le parece sentirse raro por ir al encuentro de la mujer con la que ha compartido la mayor parte de su vida. Hace año y medio, ni por asomo hubiera imaginado que viviría algo así. Hace apenas unos meses no se hubiese sentido con el coraje suficiente ni siquiera para plantearse aceptar la cita. Tampoco es que ahora estuviera precisamente tranquilo. La verdad es que, desde que leyó su mensaje pidiéndole que se viesen, ha pasado por todos los estados anímicos posibles. Emociones a la carta. ¿Qué va a tomar el señor?

Primero, estupor: «¿A qué viene esto? ¿Qué es lo que realmente quiere? No hay un tema tan importante como para tratarlo en persona. Hasta hoy hemos resuelto las intrascendencias pendientes por correo o a través de intermediarios». Se quedó mirando el mensaje como si estuviera escrito en un lenguaje desconocido para él.

Después, enfado: «¡Déjame en paz! No fui yo quien saltó voluntariamente a esta pecera. Yo era marinero. Un marinero experimentado, incluso en condiciones adversas. A veces tenía que bregar con corrientes marinas que me dejaban desfallecido. En situaciones críticas, se formaba una tormenta que hacía tambalear mi nave, pero pronto regresaba la calma y volvía a sentirme tranquilo en mi medio natural, en el entorno que conocía y en el que me sabía desenvolver. Pero esto nunca lo imaginé, ¡nunca! De pronto, un día van y me anuncian que se acabó, me cogen por el pescuezo y me sueltan en esta pecera. No pienso acudir a la cita. No es justo. No lo entiendo. No lo comparto. No lo tenía previsto. Ahora no».

El enfado se transformó en ira: «¡Que yo no quería ser un pez, maldita sea! Me ha llevado mucho tiempo desarrollar branquias y aprender de nuevo a respirar. Todavía me acerco a la superficie de

vez en cuando, con esta necesidad acuciante de coger el aire necesario para regresar al fondo y seguir buceando una temporadita más. Cuando recuerdo las primeras horas, días, semanas, ni siquiera sé cómo fui capaz de soportarlo. Me ahogaba. Veía la vida a través del cristal de mi aflicción. No había otra.

Algunos días, los demás se acercaban, me traían algo nutritivo, me regalaban algún arrumaco, los más íntimos, y hasta me cambiaban el agua de la pecera. Pero enseguida volvían todos a sus quehaceres y yo permanecía allí, solo, dando vueltas, siempre en la misma dirección. Hasta que un día descubrí que había otras peceras al lado de la mía y me entrené para saltar a ellas arriesgándolo todo. O saltas o te mueres, Ignacio. Y salté. Muerto de miedo, pero salté. Recuperé la capacidad de concentrarme en el trabajo, de dormir un puñado de horas seguidas, de pasear de nuevo por la playa, de echar un ratito bueno con los amigos, hasta de no llorar más delante de las niñas. Volví a creer que todavía tenía cosas importantes que hacer. Aireé ilusiones polvorientas de estar tanto tiempo ocultas en el baúl de los proyectos pendientes. Tuve que cambiar los titulares y pasar de ilusiones compartidas a ilusiones monógamas. Vale, está bien, si no

hay más remedio, sea. Pero ahora no me toquéis las narices, que ya sé respirar bajo el agua. No me hagáis toc-toc en la pecera, que me removéis el fondo y ahora ya no quiero. Ya no quiero. ¡Y cuidadito, que tengo espinas!».

Y llegó la incertidumbre: «¿Para qué querrá verme, en verdad? ¿Una intentona de acercamiento? ¿Pensará que ha llegado el momento de afrontar que un día u otro habría que volver a estar cara a cara? ¿Tendrá alguna propuesta impensable ante la que yo no sabré cómo responder? ¿A quién me voy a encontrar? ¿Seguirá dolida conmigo? ¿Querrá volver? ¿Estará feliz y encantada de la vida de haberme abandonado?».

—¿Qué diablos quieres? —le gritó a la pantalla del móvil.